

Clave de una figura clave

Escribe: **ARTURO ABELLA**

Hace más de 25 años se preparaba la nación, o debía prepararse al menos, para conmemorar algunos aniversarios. Entre otros los de Santander, Núñez y Miguel Antonio Caro. Como de costumbre la clase dirigente llegó "improvisada" a tales aniversarios. Y el público, en general, no sentía frío ni calor en torno a Santander, de Núñez o de Caro, porque no estaba obligado a conocer la historia de estos personajes que sí debía conocer la clase dirigente pero que también ignoraba.

Laureano Gómez planteó el debate contra Santander. Carlos Lozano y Lozano se enfrentó a la memoria, a la obra y a la personalidad de Núñez. Las opiniones se dividieron. Los conservadores eran antisantanderistas porque Laureano Gómez también le señalaba la ruta histórica al partido. Los liberales fueron santanderistas porque Laureano Gómez se había lanzado contra Santander. Proporciones guardadas los conservadores eran nuñistas, porque Carlos Lozano insistía en llamar a Núñez "traidor". Y los liberales repetían que Núñez era un traidor porque Carlos Lozano lo decía.

El viento de estas polémicas de prensa llegó, como es natural a los claustros javerianos. Entre 1940 y 1944, época de estos aniversarios, la Javeriana masculina vivía junto a la iglesia de San Ignacio. Antes o después de las clases, se comentaban no solo esas dos polémicas, sino la política de actualidad; y la otra polémica de turno entre poetas: "Piedra y Cielo". Los comentarios se trasladaban de las aulas al cafetín inmediato a la Javeriana, "El Bodegón", situado en la esquina de la carrera séptima con calle 10, hoy casa arzobispal. Ese "Bodegón" fue montado por un grupo de jóvenes de alta sociedad, que, a poco andar, se conocieron con el distintivo de "josefinos". Desinfectado el café de "josefinos", "El Bodegón" vino a ser recinto estudiantil de debates políticos entre tinto, cerveza y aguardiente.

Cuatro cuadras adelante en el café "Asturias" (14 con séptima), el debate político y poético, se hacía más vivo. Tres, cinco horas de charla con tinto, humo o trago en torno de los temas "de palpitante actualidad", y sin embargo nadie había podido agregar un adarme, un dato nuevo, a la vida de Santander o de Núñez. Tres, cuatro o cinco horas, que se habrían

podido invertir en un estudio o en un archivo para saber si Laureano Gómez, tenía razón en su tesis o para establecer si Carlos Lozano también tenía razón cuando afirmaba que Núñez había sido "un gran vencido".

El fervor de esas polémicas, en lo que podría llamarse círculos interesados, fue episódico y transitorio. Los profesores, que eran políticos, y los alumnos, que aspiraban a políticos, olvidaron esa historia. No había clase de historia, ni centros de investigación histórica. No se conocía a derechas el valor de una ficha. En la Facultad de Filosofía y Letras, el padre José C. Andrade trató de estimular un seminario bajo la dirección de Gerard Mazur, biógrafo de Bolívar. A la tercera reunión no fue nadie. Y Mazur se evaporó de la noche a la mañana. Los profesores de historia de nuestra Escuela de Periodismo eran insípidos. La biografía era la de siempre: Groot y Restrepo, en la base; las Memorias de Posada Gutiérrez, el Boletín de Historia y Antigüedades. Y de ahí en adelante los copistas de toda la vida.

No se podía tocar nada. Entre otras cosas porque cada figura histórica, tenía su dueño. El académico Laureano García Ortiz, era dueño de Santander. Y el escritor Julio H. Palacio era dueño de Núñez. Como después surgieron dueños de Nariño y dueños de los "próceres". Para descubrir la verdad histórica, era necesario liberarse de los dueños. Indalecio Liévano dio el primer golpe: presentó su biografía de Núñez, en la que se rebeló contra la "verdad", de los radicales. El periodista autor de estas líneas trató de dar otro en el campo conservador: Núñez quiso ir más allá del 86 a través de un nacionalismo fuerte y antidemocrático. La jerarquía goda se frunció. Quería un Núñez godo a la manera de los directores o de los notables "manzanillos" de la época.

Antes de hacer la biografía del Regenerador, el periodista quiso hablar con el dueño de Núñez y con los escritores consagrados por la devoción nuñista. Era necesario esa experiencia. Julio H. Palacio vivía en una casa de inquilinato por los alrededores de la Estación de la Sabana. En bata y con un permanente cigarrillo que chorreaba ceniza, trataba de mascullar recuerdos. Pero no dijo nada. Ni una sola noticia que pudiera aportar algo nuevo al debate. Se detuvo solo en un detalle contra el ex-presidente Santiago Pérez. Dijo que en días de penuria económica de la familia, Santiago Pérez "escupía la sopa para que no comiera de ahí su hermano Felipe". Dizque la anécdota se la había contado el mismo Núñez. Y terminó la entrevista. No había nada más que hablar.

El interrogatorio a los escritores consagrados como ominisapientes en Núñez también fracasó: Pidió el cronista a los hermanos José y Fernando de la Vega, cartas o documentos inéditos sobre Núñez. Informaron que no tenían nada. Al cumplirse el aniversario de Núñez aparecían en *El Siglo* varias cartas inéditas de Núñez suministradas por José de la Vega. Así otros consagrados. No era fácil, pues, penetrar en el campo del interrogatorio personal tan valioso para el historiador que aspira a conocer el testimonio contemporáneo. Por tal circunstancia fue necesario apelar a fuentes más o menos inéditas, como las de los periódicos de la época que muchos biógrafos de Núñez no conocen ni por el forro.

* * *

Veinticinco años después de esa experiencia, revisada de cuando en vez la biografía de Núñez para refrescar algunos datos y cotejada la realidad histórica nacional, con otras investigaciones, se debe concluir en que Núñez, no es punto de partida sino un punto de llegada. Como ejercicio profesional era necesario empezar el estudio de la historia por algún tema digno de interés. Pero los trabajos posteriores demuestran, que no se puede interpretar la regeneración y el principal de sus protagonistas sin conocer a fondo las etapas anteriores.

Sobre todo si los relatos de esa etapa que han dado en llamarnos "Historia patria" no corresponden a la verdad histórica. Como apuntes para una biografía de la regeneración la tarea universitaria fue provechosa. Comenzaba el proceso de liberación de tabús, de pedrería falsa, de "intocables", de los "dueños" de la historia.

Los biógrafos de Núñez, sin excepciones, han recargado la pica en el personaje político y no en el humano. Unos por inexperiencia, otros por interés partidista, casi todos para demostrar o refutar aquello de la "traición de Núñez". Cientos de páginas para sostener una tesis o la contraria. Y muy pocas para sondear en el corazón de Núñez la evolución humana y sus resultados políticos.

La primera guerra civil en Cartagena o una de las tantas guerras civiles, sitúan al padre de Núñez en un campo y a su hijo en el opuesto. Se ignoran cuáles fueron las actividades de uno y otro en esa guerra. ¿Por qué están de enemigos? ¿De dónde salieron a esa lucha que se desconoce en el fondo? ahí nació —y ello es obvio— el odio instintivo que tenía Núñez por las guerras civiles. Pero nadie ha penetrado en ese tema que abre el primer horizonte para interpretarlo y para explicar muchas de sus reacciones posteriores.

La entrada de Núñez a la política fue, desde luego, instintiva, pero se ha dicho que para llegar más pronto contrajo matrimonio con Dolores Gallego. Ella serviría de trampolín gracias al parentesco que tenía con Obaldía. Es una de las primeras mujeres que tienen influencia activa o pasiva en la vida pública y privada del regenerador. Nadie ha pintado a cabalidad quién fue o cómo fue Dolores Gallego. Y por qué vino la separación. Tampoco se ha podido pintar o describir la personalidad de Gregoria de Haro, otra de las influencias decisivas en Núñez para penetrar y sostenerse en la política radical. Gregoria de Haro pertenecía a la intimidad del Olimpo en momentos en que Núñez se destaca tanto en los grupos liberales como en el gobierno. Sin duda él no necesitaba de esa clase de andaderas para sobresalir como dirigente o como ministro. ¿Pero qué papel desempeñó Gregoria, poetisa mediocre, intrigante, seductora, en las jornadas internas del radicalismo? ¿De dónde salió o a qué se debió que la chismería popular lanzara a las calles esta coplilla deshonesta?:

*No es Gregoria de Haro
lo que le cuesta tan caro
al tesoro nacional;
es el aro de Gregoria
mi querido General...*

Diecisiete años cubre la vida de Núñez junto a Gregoria de Haro. Desde luego Gregoria no es el centro de la biografía. Pero es un punto de referencia para establecer qué cambios pudieron operarse en el temperamento de Núñez desde su ingreso a la política radical hasta su regreso de Londres.

Y viene una influencia más significativa: Soledad Román. En el momento de salir ella a escena, Núñez retorna de muchas batallas amorosas. Aparte de su posición social, de su talento, de sus encantos femeninos que se dice eran innegables, ¿era más fuerte en cierto sentido su personalidad que la del mismo Núñez? Al estudiar este aspecto los biógrafos han trajinado más el caso político que el humano. O han tratado de eludirlo o de interpretarlo de acuerdo con cada uno de los intereses políticos. El matrimonio civil pudo ser un error o una falta moral. El historiador puede improbarlo o aprobarlo. Lo que no puede es ignorarlo.

Se ha dicho sin duda que Núñez entregó el poder a los conservadores por resentimiento. Y especialmente para vengarse de los agravios inferidos a Soledad Román. No aparece en las biografías el volumen, calidad y cantidad de esos agravios. Pero no puede descartarse que en el temperamento sensible de Núñez hicieran mella los gritos de "abajo la lora" conque solía darle serenata la chusma radical de Bogotá. Las caricaturas no tuvieron límite. "Si pudiera le daría un balazo a ese tipo", decía Núñez refiriéndose a un caricaturista de su tiempo. Es perfectamente lógico pensar y concluir que en la evolución de Núñez sí operó ese factor humano, humanísimo. Y que aquella noche de la entrega de las armas al general Canal culminaba un proceso doctrinario y amoroso a través de la mujer que esa misma noche también ayudaba a entregar las armas: Soledad Román.

Falta otra mujer que enmarca el temperamento, la afición literaria y la sensibilidad: La madre. Su estampa es la de una mujer sufrida, discreta, pulcra y paciente observadora de la carrera pública y privada de Núñez. También poco la hemos estudiado como se debe. Desde que Núñez aparece en la vida pública, hasta que su estrella empieza a brillar, la madre lo impulsa o lo sigue de lejos, entre inconforme, comprensiva y vigilante. Pero no interviene. Tal vez su única protesta contra el episodio Núñez-Soledad, está en que los múltiples regalos que recibe de su nuera permanecen intactos, sin abrir, con los lazos del empaque sin soltar y que acaso desatan manos inteligentes después de su muerte.

* * *

Treinta años después de la experiencia biográfica y al paso constante de nuevas experiencias y decepciones han salido verdaderos algunos puntos políticos que se plantearon quienes trataban de libertarse de toda clase de prejuicios en la narración histórica y que tan solo entonces se atrevieron a dar los primeros pasos. La práctica del Frente Nacional de estos años tiene antecedentes. Leámos un párrafo de la carta-pacto que Núñez le envía a Carlos Martínez Silva:

“En suma las secretarías y los puestos de primera importancia serán distribuídos por mitad entre los miembros caracterizados de uno y otro partido. Para la provisión de los demás empleo, se observará estrictamente la misma regla”.

La misma historia de hoy.

La obra del 86 se impone. Se imponen las nuevas instituciones. Pero los hombres que forjaron esa política, rompen unos con otros, por envidias, resentimientos personales, negocios turbios, ambición de mando. Han liquidado el radicalismo. Más tarde se liquidan entre sí. Algo parecido a lo que ocurrió en 1830. Los libertadores se devoran unos a otros.

El partido nacional se hunde a pesar de los esfuerzos de Núñez, Caro y Carlos Holguín. Núñez ha dicho de Caro que es la “primera virtud y la primera ilustración de Colombia” y sin embargo rompen. Martínez Silva se va contra Caro. Y Núñez en privado contra Felipe Angulo su “brazo derecho” en el gobierno. Así los demás. ¿Por qué?

En la medida en que han pasado los años es necesario insistir en que con Núñez o con otras figuras de la crónica nacional los autores han cavado una fosa entre el escritor y el lector común y corriente. Se escribe para minorías. Se escribe para ver qué dice el crítico tal o cual. Se escribe para figurar en público y no para el público. Y se trata de dar una imagen del héroe o de los personajes también de minoría. La sociedad de que hizo parte Núñez está mal estudiada entre otras razones porque no hemos descrito esa sociedad, esa generación de la regeneración tal como nació, creció, comió, bebió, amó, pecó, sufrió, y finalmente murió.

La tarea no puede interrumpirse. Núñez es un ejemplo entre tantos y tan solo se ha tomado como referencia porque está unido a un primer experimento narrativo. Y por ello se ha dicho inicialmente que su historia no debe ser un punto de partida sino uno de los puntos de llegada. Cuando venga la liberación total de los prejuicios y de los frenos consustanciales a toda investigación contemporánea se podrán poner las cosas históricas en su puesto.